
El Sur (*)

Sec. 90-A. Carmona. Puerta de Córdoba y estación abandonada. Ext. Int. Día.

La puerta de Córdoba, solitaria. La estación, abandonada. El andén desierto. Las vías barridas por el viento.

VOZ INTERIOR DE ESTRELLA: Esperé una señal que no se produjo. La que llegó, ya en la noche, procedía de más lejos. Era de mi madre, y me reclamaba a su lado. Había llegado el momento de partir. Decidida, llamé a Octavio. Casi no reconocí su voz. Quedamos en vernos por la tarde.

Sec. 90-B. Vestíbulo estación abandonada. Int. Día.

En el interior del vestíbulo está Octavio. Se halla sentado, esperando debajo de una de las ventanas que dan al andén —alguien ha cambiado de sitio el banco desde la última vez—, los pies sobre la superficie de madera, las rodillas encogidas, apoyando sobre ellas sus libros de texto.

Con aire ensimismado, de una manera inconsciente, está sombreando con un lápiz una de las etiquetas que tiene pegadas en el forro de todos sus libros, y en la que se lee: «Octavio Quintana, 5.º curso».

El lápiz ha sombreado ya el nombre, y ahora continúa, con más fuerza, oscureciendo casi por completo el apellido Quintana.

De pronto, unos golpecitos en el cristal de la ventana llaman su atención, sacándole de su ensimismamiento. Levanta la vista.

Al otro lado de los cristales, el rostro de Estrella.

Octavio trata de adivinar algo en la expresión de la chica, pero no tiene tiempo. El rostro de Estrella ha desaparecido.

En seguida, la puerta del vestíbulo se abre y entra Estrella.

Octavio se pone en pie.

Se queda quieto, esperando no se sabe qué.

Ella se acerca. Se miran.

ESTRELLA: ¡Qué frío hace! Mira...

Y acerca una de sus manos a la cara del chico, a modo de tenue caricia.

Octavio no se mueve, los brazos colgando a lo largo del cuerpo, demostrando una seriedad y una timidez nuevas.

(*) Estas páginas corresponden a las tres últimas secuencias del guión original de la película. Constituyen, pues, el final previsto para la historia. Los personajes que en ellas aparecen y sus respectivos intérpretes (dos de ellos no llegaron a actuar) eran los siguientes: Estrella (Iciar Hollaín), Octavio (Emilio Serrano), Luis Quintana (Fernando Fernán Gómez), Milagros (Rafaela Aparicio), Doña Rosario (Germaine Montero), Laura Quintana-Irene Ríos (Aurore Clément).—VICTOR ERICE.

El autor hizo llegar a esta revista el texto distribuido conforme a las dos columnas de imagen y sonido correspondientes a todo guión cinematográfico. Las hemos redistribuido como un texto teatral por razones de buena composición gráfica.—REDACCIÓN.

Estrella trata de manifestarse con espontaneidad, mostrándose incluso más alegre que de costumbre.

ESTRELLA: ¿Llevas mucho tiempo esperando?

OCTAVIO: Un rato... ¿Te vas por fin mañana?

ESTRELLA: Sí...

Una pausa. Estrella coge a Octavio de la mano:

ESTRELLA: Anda, vamos a sentarnos...

Los dos toman asiento en el banco, debajo de la ventana.

ESTRELLA: ¿Qué hiciste ayer?

OCTAVIO: Nada... Fui a clase y luego me quedé estudiando... Hemos empezado los exámenes...

Una pausa. Octavio busca los ojos de Estrella.

OCTAVIO: Ya sé que estuviste viendo a mi madre...

ESTRELLA: ¿Te lo ha dicho ella?

OCTAVIO: Sí...

Un silencio. Se escucha el sonido del viento filtrándose a través de las puertas y ventanas desvencijadas.

OCTAVIO: He descubierto una cosa...

ESTRELLA: Qué...

Hay un ligero temblor en la voz de Estrella, imaginando lo que Octavio va a decir. Por eso, lo que él dice la sorprende:

OCTAVIO: Que estaba equivocado... La historia del marinero... la que te conté... no fue una mentira... Es cierto que había más cosas que pasaron y que yo no sabía... Pero ahora las sé...

Octavio saca de uno de sus bolsillos un cigarro arrugado. Lo alisa muy despacio y se lo lleva a los labios. Lo enciende. Y pregunta a Estrella:

OCTAVIO: Oye, tu padre ¿a qué se dedicaba?

ESTRELLA: Trabajaba en un hospital...

OCTAVIO: ¿Era médico?

ESTRELLA: Sí.

Una pausa.

OCTAVIO: ¿Era muy mayor?

ESTRELLA: No...

OCTAVIO: ¿Cómo murió?

Estrella se queda callada. Octavio se vuelve del todo hacia ella y la mira, esperando. Estrella murmura.

ESTRELLA: De repente...

Octavio no la deja terminar.

OCTAVIO: ¿El corazón?

Estrella, ensimismada, responde lentamente:

ESTRELLA: Sí, el corazón...

Octavio no ha concedido, a primera vista, excesiva importancia a la aclaración. Tira el cigarro y lo pisa. Estrella se da cuenta de que, finalmente, también ella ha mentado a Octavio. Pero éste no la deja seguir enredándose en sus propios pensamientos. Ya le está ofreciendo un libro.

OCTAVIO: Te he traído un regalo...

Estrella coge el libro. Se titula «Islas del Sur» y el autor es, cómo no, Robert Louis Stevenson.

OCTAVIO: Para el tren... Es el libro de viajes más bonito que he leído nunca...
Estrella abre su bolso y va a meter dentro el libro. Se detiene un momento. Algo ve en el interior que la hace pensar un instante. Introduce la mano y saca la cajita de laca negra que conocemos.

OCTAVIO: ¿Qué es esto?

Estrella le entrega la cajita.

ESTRELLA: Es para ti. Abrela...

Octavio desenrosca la tapa y extrae el péndulo.

ESTRELLA: Era de mi padre... Con él se pueden descubrir muchas cosas, pero hay que tener poderes, claro...

OCTAVIO: ¿Tú los tienes?

ESTRELLA: Todos, no. Sólo algunos.

OCTAVIO: ¿Y yo los puedo tener?

ESTRELLA: Claro...

OCTAVIO: ¿Por qué no me enseñas?

ESTRELLA: Trae...

Octavio da el péndulo a Estrella.

ESTRELLA: Lo primero que tienes que aprender es cómo cogerlo...

Estrella coge el péndulo con cuidado y adopta la posición correcta.

ESTRELLA: Fíjate bien... así... sin apretar los dedos... ¿Lo ves? Ahora tú...

Estrella devuelve el péndulo a Octavio. Este se pone en pie, con el péndulo entre los dedos.

ESTRELLA: No recojas la cadena... Muy bien...

Comienza la música. En el vestíbulo de la estación abandonada, Octavio y Estrella van poco a poco reproduciendo el viejo ritual del zaborí, justo aquel que, un día ya lejano, Agustín Arenas revelara a su hija. Vuelven en el tiempo los mismos gestos, movimientos y palabras.

ESTRELLA: Los ojos casi cerrados... No pienses en nada... Déjalo libre... así... Despacio... La mente en blanco... muy bien...

Como si deseara acompañar a Octavio en su trance, Estrella va cerrando los ojos.

(ENCADENADO.)

Sec. 90-C. Andén. Estación. Ext. Día.

Fuera cae la tarde. El andén desierto recorrido por el viento con su cortejo de hojas secas, las últimas del otoño. Las vías muertas, rodeadas de arbustos calcinados, que a ningún punto conducen. La cámara empieza a recorrer esas vías: primero lentamente; después, un poco más deprisa, buscando el horizonte. Empieza a oírse suavemente el sonido de un tren en marcha. Parece un milagro, pero no lo es.

(ENCADENADO.)

Sec. 91-A. Tren. Int. Ext. Día.

Otras vías, vertiginosamente recorridas hacia adelante, en la tarde también. CRECE EL SONIDO DEL TREN PERO TAMBIEN EL DE LA MUSICA. Un paisaje, visto a

través de una ventanilla: es el Sur, que va quedando atrás. Reflejado en el cristal, un rostro de muchacha. Estrella. En su regazo un libro. Estrella parece como si recordara algo, sonríe y mira uno de sus dedos, justo allí donde puede verse aún la huella del primer saludo rotundo que el Capitán Flint —viejo loco— le dedicara.
(ENCADENADO.)

Sec. 91-B. Estudio Luis Quintana. Int. Noche.

La mano enguantada de Alvaro Quintana está posada sobre la cuartilla en blanco, como un pájaro negro. Del tocadiscos, en la penumbra, surge un viejo fox-trot: «I want to be alone in the South» («Quisiera estar solo en el Sur»).

Sec. 91-C. Habitación Octavio. Int. Día.

En la habitación de Octavio, sentada en una silla de anea, Laura mira un juguete de su hijo que casi había olvidado: un barco de madera, provisto de cuatro ruedas, con su capitán barbado aferrado al timón. En un rincón, el Capitán Flint —el loro de Octavio— suelta una de sus estrepitosas carcajadas. Luego, se calla y cierra los ojos: sabe Dios cuál de sus cien vidas está recordando.

Sec. 91-D. Salita. Casa Arenas. Int. Día.

En la pequeña sala de estar de la casa de los Arenas, sentada en su sillón de orejas, doña Rosario sigue pasando las páginas de la misma revista siempre. En su ronda semanal, ha vuelto a ese interior la urna de las Animas Benditas, que aparece de nuevo instalada en un ángulo del cuarto. Es Milagros la que, con mucho cuidado, va encendiendo las lamparillas de aceite. Brotan una, dos, tres llamas...
(ENCADENADO.)

Sec. 91-E. Tren. Int. Día.

La imagen de Milagros sobre la superficie brillante de una fotografía, al lado de Agustín niño. Es Estrella quien, una vez más, mira la foto, sentada en el interior de su compartimento, camino del norte. Coge el libro que tiene en el regazo e introduce entre sus páginas la foto. Luego empieza a hojearlo. En su primera página está la firma de Luis Quintana junto a una fecha: 1920. Estrella pasa algunas hojas. Casi al comienzo hay unas líneas subrayadas a lápiz, por la mano de Luis, sin duda. Estrella las recorre con la mirada: «Hay en el mundo unas islas que ejercen sobre los viajeros una irresistible y misteriosa fascinación.» El paisaje desfilando rápidamente, en la tarde. Las vías del tren recorridas a toda velocidad. Un túnel. Los sonidos van desapareciendo.
(ENCADENADO.)